

Viaje de Bodas

Novela corta, por CARLOS DE LA VÁLGOMA

EN ESTA NARRACION, CARLOS DE LA VALGOMA COLOCA A SUS PERSONAJES EN UN DRAMATICO TRANCE. ¿COMO REACCIONAN CUANDO ANTONIO... MIENTRAS SU MUJER, ISABEL... ¿Y ESE DESCONOCIDO CUYO NOMBRE IGNORAMOS...?

El ruido del motor apagó los rumores, ya en sordina, de la música. Al arrancar el coche, Isabel aun pudo ver luces y siluetas detrás de los amplios cristales. Allí quedaban los invitados en esa situación difícil de todas las fiestas de esponsales, donde se reúnen en demanda de un obligado regocijo los más heterogéneos elementos. Sin más aglutinante verdadero que el alcohol, pues los recién nacidos parentesco y amistad producen la sensación de incomodidad de un traje nuevo.

* * *

Ninguno de los dos hablaba. Antonio, atento a sortear el tráfico intenso y anárquico de las calles. Ella le observaba de reojo, íntimamente feliz, con el leve peso de su mano sobre el hombro masculino. Aquellos hombros formidables, atléticos, que tan bien complementaban su indiscutida prestancia varonil.

¿Qué había visto Isabel, aparte de ello, en aquel hombre, para entregarse a él tan rápida, tan definitivamente, rompiendo—como rompen todas—con sus proyectos y teorías anteriores?

Aclaremos que esta interrogación jamás la formularon labios de mujer. «Ella» estaban de acuerdo con la elección de su amiga. Antonio era lo que se llama un hombre completo. Arrogante, muy preocupado del gesto y sin excesivas inquietudes espirituales, llevaba perfectamente la parte más ardua de los negocios («pingües»), como haría constar cualquier escrupulosa narración décimonónica de su padre. Se conducía en sociedad con la mayor corrección, articulando con el necesario desparpajo las frases hechas más aceptables y seleccionando bastante bien las ideas de los otros, lo cual le daba reputación de inteligente. Para completar su ficha, diremos que era un regular deportista—caza, «hockey», boxeo—, con lo que se aproximaba peligrosamente a ese discutible arquetipo que el cine proporciona a las muchachas de hoy.

Isabel—confiemos en que sus magníficos ojos verdes no recorran desdeñosamente estas líneas—era, para suerte suya, nada más que una muchacha vulgar. Ella se imaginaba lo contrario por sus tenaces esfuerzos en digerir a pedantes «ensayistas» y novelistas «de moda». Felizmente, estaba, sin confesárselo, más pendiente de su belleza que del último mamotreto con portada en tricromía. Era perfectamente normal, una de esas muchas mujeres obsesionadas por la postura, cuyo mentido intelectualismo se desmorona gloriosamente ante los primeros berridos de un recién nacido.

Acostumbrado al triunfo, Antonio triunfó también con Isabel, falsa difícil que en el fondo no esperaba otra cosa. Su victoria había sido algo lógico, natural, de pura inercia. Ella era inteligente, pero femenina, y no necesitaba más que un contrapeso de fuerza, de dominio.

* * *

Viajaron por la trillada ruta de todas las parejas. Se acostaron en camas que aun tenían el hueco del matrimonio anterior y se extasiaron ante los mismos paisajes que vieron idéntico gesticular en

otros rostros juveniles. Repitieron sus promesas ante una puesta de sol a medida y rieron con alborozo de a tanto la hora en los parques de atracciones.

Y en todas partes, contrariando sus pueriles afanes de disimu-



SE AGUDIZABAN LOS RASGOS TODOS; TOMABAN LAS NARICES UNA AGRESIVA PROMINENCIA DE ESPOLO-
NES; AVANZABAN LAS FUERTES MANDIBULAS...